

versal espanto, y esta Mujer con las manos juntas, ruega al pié de la cruz: las mujeres de Jerusalem no se cansan de contemplar aquel acto piadoso y sublime: « ¡Pobre madre! » exclamaban derramando lágrimas de compasion. Sí, por cierto, ¡ pobre Madre! pero al mismo tiempo, mostrábase Madre y Mujer divina.

¡ Ah! ¿quién vió jamás espectáculo semejante al del Gólgota? ¿Qué negra ingratitud por parte de los hombres! qué benignidad y misericordia sin límites por parte de Dios! Allí se oyen escarnios, insultos y maldiciones! Allí se ve un heroismo inaudito en la victima generosa y magnánima, que espirando pone el sello á la obra solemne de la Redencion humana; y á sus piés María, que, recogiendo su último suspiro, fecunda en su corazon generoso los sentidos y los motivos de la Maternidad que adquiere de todo el género humano. ¡ Oh amorosa é inocente oveja! Tú no te alejaste un solo instante del terrible sacrificio; ni aún cuando el inocente cordero, tu Hijo, daba los últimos latidos, y entregaba, por fin, su afligido espíritu en las manos de su Padre! Tampoco le abandonaste despues, sinó que, lacerado, cubierto de llagas, de ignominias y de sangre, te lo acomodaste en tu regazo para proteger el cadáver y procurarle sepultura. ¡ Oh Mujer magnánima y sublime! Tu Nombre, con el de tu Hijo, será el honor y la gloria de todas las generaciones futuras. El Nombre tuyo con el de tu Hijo, comprende en sí la historia de todos los prodigios de la divina misericordia; Nombre que es sello de la justicia y del amor; Nombre que da á comprender á todos los hombres la inextinguible vena de tu caridad hácia tus nuevos hijos. Y, en efecto, ¿con qué ansiedad no nos acogió Ella, hermanos míos, como hijos adoptivos en la cumbre del Gólgota? ¡ Ah! sí; tomando entre sus brazos al muerto Jesús, del modo que la pérdida nacion le habia reducido, tomó con Él á todos nosotros, cargados de pecados, que habian sido la causa de aquella catástrofe, para regenerarnos en la sangre de su Hijo, y hacernos dignos de su amor. Ahora, pues, ¿qué enorme delito no fuera el nuestro, si acogidos y amparados en aquel dulcísimo seno, continuásemos insultándole y desgarrándole? Si queda en nosotros siquiera un átomo de razon ó germen de delicado sentimiento de hijos, meditemos el martirio que le causaron nuestras culpas, y no queramos renovar lo nunca jamás.

¡ Oh María, afigidísima y dulcísima Madre nuestra! ¡ ay! ten piedad de nosotros, que, crueles, te hicimos sufrir, lo mismo que á tu Hijo, tan terribles tormentos! Hoy ¡ oh Madre! es día de perdon. Acepta, pues, las lágrimas de nuestro arrepentimiento, y no olvides que tambien en nosotros se ha verificado lo que dijo Jesús, esto es;

que al obrar el mal que hemos cometido hasta aquí, no sabíamos lo que hacíamos. Ahora que, por la divina gracia, lo conocemos, lo detestamos con toda sinceridad; y detestándolo, prometemos querer vivir y morir como verdaderos hijos suyos y tuyos en tu santo amor. Así SEA.

DIA TREINTA Y UNO.

II.

RESURRECCION DE JESÚS, Y ÚLTIMOS AÑOS DE MARÍA.

Jesum queritis Nazarenum, crucifixum surrexit, non est hic.

Venis á buscar á Jesús Nazareno, que fué crucificado; ya resucitó, no está aquí.

(MAR. XVI, 6.)

Jesús, pues, murió, segun visteis, entre el terror del Cielo y de la tierra, y asistido, únicamente, por su magnánima y dulce madre María. Pendía muerto de la cruz en el Gólgota á vista de todo el universo por las culpas de todos nosotros. ¡ Hé ahí, hermanos míos, donde, despues de tantos siglos, vino á descargarse aquel cúmulo de males acarreados por el primer pecado: sobre este generoso inocente, el solo inculpable, y que no merecía la suerte comun! En Él fueron castigados nuestros delitos; todos nuestros delitos: aquellos que nosotros tenemos en nada, pero que dieron muerte al Hijo de Dios, aquella muerte horrible que ya hemos contemplado. Esa catástrofe aplastó á Jerusalem; prueba solemne de la iniquidad que habia cometido. ¡ Ah! sí; á su feroz alborozo siguió el triste silencio que nace del terrible remordimiento luego que se ha cometido un infame delito; por eso no parecía ya la ciudad, que poco ántes se vanagloriaba

de ser el pueblo de Dios, sinó un vasto sepulcro, donde no reinaba más que el terror; y así confesaba, sin quererlo, que el inocente que había llevado á la muerte como un malhechor, era verdaderamente el Hijo de Dios. Y, en verdad, ¿quién no se sobrecogería de espanto á vista de aquel nuevo eclipse de sol, que puso en consternacion al universo, al hendirse las montañas, abrirse los sepulcros, y á la aparicion de lassombras de los antepasados en medio de la ciudad? Sin embargo, ¡oh ceguedad de la culpa! los Príncipes de los sacerdotes se obstinan todavía más en su delito, afirmando que Jesús era un malhechor é impostor: por esto acuden al Presidente Pilatos, para que mande que se guarde el sepulcro, porque no vayan sus discípulos y le hurten, y digan á la plebe: ¡Ha resucitado! lo cual fuera un engaño más pernicioso que el primero (1). Vemos aquí, que los consejos de los hombres son meras sombras en presencia de los de Dios, puesto que Cristo, en presencia de aquellos guardas, resucitó glorioso para no volver á morir; el pueblo, que le había dado muerte, desde aquel instante acabó para siempre. Con esto renació en el corazon de María una nueva alegría; y justo es que nos detengamos un poco en discurrir sobre este dulce misterio, que á un mismo tiempo es el fundamento de nuestra santa Religion y la alegría de todos los creyentes. Pidamos primero los auxilios de la gracia: A. M.

Jesús había predicho, que permanecería tres días en el sepulcro, pasados los cuales resucitaría. Avanzada, pues, la noche del sábado, al amanecer, el primer día de la semana, María Magdalena con otras piadosas mujeres que habían permanecido fieles á Él, se encaminaron hácia el Calvario, llevando aromas, y diciéndose una á otra: «¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro (2)?» La tradicion dice, que con ellas estaba también María. A este tiempo se sintió un gran terremoto, porque bajó del Cielo un Angel, y llegándose al sepulcro, removi6 la piedra y sentose encima. Su semblante brillaba como el relámpago, y era su vestidura blanca como la nieve. De lo cual quedaron los guardas tan aterrados, que estaban como muertos. Mas el Angel, dirigiéndose á las mujeres, les dijo: «Jesús ha resucitado, segun predijo.» Fué tal la sorpresa que recibieron las mujeres por estas palabras, que entendían y no entendían lo que se les decía: pero no así la divina madre María, cuya alma quedó tan inundada de júbilo, que faltó poco para no morir. Ent6nces fué cuando Jesús, á Ella ántes que á otro, se apareció resucitado,

(1) MATTH. XXVII, 62, 63 y 64.

(2) LUC. XXIV, 1.

abrazola, y tuvieron un coloquio que solo en el Cielo seremos capaces de entender, pues ahora nos sería imposible.

Consolada la Madre, Jesús se dejó ver repetidas veces durante el mismo dia de otras mujeres, y de los doce: le veían, le oían hablar, no podían dudar de ello; y, sin embargo, como el hecho era tan nuevo, extraordinario y prodigioso, quedaban estupefactos y confundidos: creían y no creían á sí mismos, y á Aquel que habían visto y oido. Esta misma sorpresa y confusion son la prueba más perentoria de que el hecho era verdadero, cierto é indudable; quedando completamente aseguradas despues por las nuevas apariciones, que duraron cuarenta dias cumplidos. Pero nótese bien; María, Madre de Jesús, no experimentó esta confusion y perplejidad, producida por la misma novedad y extraordinaria grandeza del hecho, sinó las mujeres y los Apóstoles: la Virgen, cuya alma se espaciaba en regiones más elevadas, desde el primer instante, conoció con toda claridad y estuvo absolutamente cierta del inefable prodigio.

Cuarenta dias trascurrieron en estas apariciones del Salvador y alegrías de su Madre y de los discípulos; y llegó la hora decretada para volver á la derecha del Padre en los Cielos. Y por eso, saliendo con Ella y con todos los discípulos de Jerusalem, dirigiose á las alturas de Betania (1). Y esto no fué sin alto consejo de su infinita sabiduria: aquel monte, coronado de olivos, era donde Jesús, ántes de su Pasion, separándose con frecuencia de la muchedumbre que le seguía, oraba á su Padre, cuando las estrellas brillaban con toda su límpida serenidad en el firmamento; y allí estaba aquel Huerto donde había sufrido los primeros asaltos de la agonía, sintiendo angustias mortales, al ver el cáliz que le presentaba su Padre, y que debía agotar hasta las heces. Por lo tanto, era conveniente que empezase su solemne triunfo de gloria, donde habían tenido principio sus padecimientos; y que aquellos campos, bosques y sombrías soledades, que habían sido tan frecuentemente testigos de sus meditaciones y de sus fervorosas oraciones á favor nuestro, recibiesen las huellas de los últimos pasos que dió ántes de subir al Cielo. Alcanzada la cima de aquel elevado monte, desde donde se descubre el mar Muerto, las aguas profundamente encauzadas del Jordan, y las gigantescas palmeras de la llanura de Jericó, el Salvador dirigió las últimas miradas á su amada Madre, á los Apóstoles y á cuantos estaban allí presentes, destinados todos á dar testimonio del nuevo prodigio que iba á verificarse; y echádoles su bendicion, en su presencia, y á la vista de todo

(1) LUC. XXIV, 50.

el universo, emprendió raudo vuelo hácia la gloria del Cielo (1). Tambien este hecho, hermanos míos, es tan grande, admirable y sorprendente, como la Resurreccion. Jesús está sobre la cima del monte: todos le ven, y no pueden dudar de ello; pero no olvidemos que su estado es un estado glorioso. Le ven; ven que les bendice, y luego se eleva al Cielo y se pierde de vista. El hecho es indudable; pero es tan grande, tan nuevo y extraordinario, que quedan sorprendidos; no obstante, nótese aquí, que, como dicen los HECHOS APOSTÓLICOS, quedaron todos llenos de extraordinario júbilo, y permanecieron largo rato con los ojos fijos al Cielo; lo que no sucedió cuando le vieron resucitado. Y María le siguió de léjos con sus ojos extáticos y ansiosos, como si le dijera: ¡ Ah! ¿ por qué me dejas sola?

Dispensadme aquí, hermanos míos, que os repita con insistencia lo que hace poco he indicado; esto es, que el mismo hecho de la Resurreccion de Jesús es una prueba de su verdad; y que, además, no puedé dejar de ser verdadero, históricamente verdadero. En verdad, si no hubiese sucedido este prodigio, no hubiera podido ocurrir á nadie su idea: la razon es evidente: porque el hecho excede las fuerzas de toda inteligencia creada; y excediéndolas, excede toda la capacidad de su inventiva. Y lo prueba la negacion misma de los racionalistas, quienes no creen en la Resurreccion, porque su entendimiento ofuscado no es capaz de concebirla. Y no se diga que tanto el género humano, como aquellos que atestiguan la del Salvador tenían ya la idea de la Resurreccion. No; la idea de la Resurreccion, cual la creemos de Cristo, y la esperamos nosotros, no la tenía nadie en el mundo; es el resultado de la Resurreccion de Jesús. Cierito que los Apóstoles habían visto muertos resucitados, los que había resucitado su divino Maestro; pero ésta había sido Resurreccion de la muerte á la vida presente; pero Resurreccion á la otra vida, no la había habido nunca: la de Jesús fué la primera. Así mismo, en la Biblia se hallaban, no cabe duda, ciertas indicaciones proféticas de la Resurreccion, especialmente en el libro de Job; pero la profecía tan sólo daba la idea de la infinita virtud que podía realizarla, porque aquella virtud infinita lo puede todo; pero la idea del hecho vino despues del hecho admirabilísimo, que se ha visto repetidas veces, siendo la primera la Resurreccion del Salvador. Prescindo aquí de los conceptos de metempsicosis, apoteosis y otras trasformaciones que encontramos en las mitologías, porque no ofrecen ni aún la sombra del concepto cristiano de la Resurreccion. Si se dice, finalmente, que este concepto es

(1) ACT. I, 6.

debido á Jesueristo, que pronosticó su Resurreccion; entónces tendremos tambien que decir, que Cristo es Dios, porque ninguna inteligencia creada era capaz de concebir semejante idea; y por esto, el hecho es verdadero, porque fué pensado y predicho; y la realidad correspondió á la prediccion. ¡ Oh! cuán consoladora verdad, hermanos míos, es esta de la Resurreccion de Jesús! El Salvador resucitó: viólo su Madre, lo vieron sus Apóstoles y toda la naciente Iglesia; luego es verdadero Hijo de Dios; luego con la misma virtud con que se resucitó á sí mismo, nos resucitará un dia á todos; y si nos portamos como verdaderos fieles, participaremos de su gloria.

Concluido el éxtasis, María volvió á la ciudad con los Apóstoles, y con ellos reunióse en el Cenáculo; donde, pasados diez dias, la hallamos con los Apóstoles recibiendo el Espíritu Santo (1). Y permaneció allí hasta el año cuarenta de Cristo; cuando, por razon de la cruel persecucion que se desató contra sus discípulos, vióse precisada á salir, y se trasladó á Efeso con san Juan, acompañada de la amorosa Magdalena. Efeso está situada en el Asia Menor, en cuyas costas hallábanse entónces ricas y florecientes ciudades, bañadas por un mar surcado por millares de naves. Por cierto que no podía hallar lugar más á propósito para consolarla de su viudez; pero en aquellas tierras no veía las huellas de los pasos de su amado Jesús, aquellas olas no habían oido el poder de su voz, ni aquellas auras estaban embalsamadas por sus suspiros. ¡ Oh! cuántas veces, pues, sentada con la Magdalena debajo de un plátano á orillas de aquel mar, cuyas olas exhalaban el olor de los mirtos que cubrían el vecino campo, seguía con la mirada las naves que emprendían el camino de Siria, trayendo á la memoria las dulzuras y las angustias que allí había padecido en compañía de su Hijo! Esto significa, hermanos míos, que los padecimientos para María no habían terminado aún, sinó que continuaba su sacrificio en bien de la naciente Iglesia de su dulcísimo Jesús. En efecto, la Magdalena, que hasta entónces había sido su inseparable compañera, movida sin duda por inspiracion sobrenatural, la abandona. El Occidente era el campo destinado para las grandes empresas de esa alma tan amada de Cristo. No ocurre decir ahora como partió y llegó allí: consta por los historiadores, que aportó en Marsella, Francia, y que retirada aquí en una famosa cueva, vivió en ella por espacio de treinta años, haciendo austerísima penitencia, y que sus ardientes lágrimas fueron semilla de cristianismo y de virtudes raras y excelsas entre aquellas gentes,

(1) IBID. II, 14.

inaugurando una generacion de creyentes en su Jesús, que se distinguieron por el heroismo de la fé cristiana. Esta partida, como se deja comprender, fué muy amarga para María, pues amaba á Magdalena con un amor entrañable, así como la había amado ya con tanto amor su amado Jesús. Así que no le quedó en el mundo más que el Evangelista Juan, y la tradicion de los antiguos Padres nos dice, que Ella le seguía en todos los viajes que emprendía para cumplir con su ministerio apostólico.

Entre tanto los sembradores de la palabra evangélica habíanla esparcido por todas las partes del mundo hasta entónces conocido, y la miés prosperaba abundantemente: entónces comprendió la Virgen que había llegado el fin de su mision sobre la tierra. Y como la labradora fatigada que ha recogido vasta y exuberante miés, hácia mediodía, va en busca de sombra y de reposo, así Ella comenzó á suspirar por el Cielo, donde le estaba reservado el premio de las magnánimas fatigas y de los afanes padecidos en la larga y varia peregrinacion de su admirabilísima vida. Y Aquel que, desde el Cielo, veía todos los secretos del corazon de su Madre, como ve todas las cosas, se dignó complacerla, y mandó un Angel que le anunciase el dia y la hora de su partida (1). Pero ántes de abandonar para siempre este mundo fugaz, en que había vivido constantemente como extranjera, quiso visitar por última vez los lugares tan deliciosamente amargos, que habían sido el teatro de los sangrientos triunfos de su Hijo. Y Juan, que tanto la amaba, se dispuso para este nuevo viaje. Se embarcarían probablemente en Mileto, cuyo puerto era en aquellos dias frecuentado por todas las naves de Europa y Asia que surcaban aquellos mares. Durante el trayecto vieron la isla de Chio, cuyo pueblo, que durante tan largo tiempo había tenido el imperio de los mares, había tambien adoptado la inhumana costumbre del comercio de los esclavos: tiranía que el Evangelio había venido á abolir. Vieron despues á Lesbos, la pátria de los poetas líricos, donde su himno sustituiría á las odas profanas de Saffo, y á los cantos de Alceo. Contemplaron aquí la elevadísima cúpula del templo de Esculapio, donde concurría tanta muchedumbre para buscar allí vanamente la salud. La divina Madre, al presenciar esta supersticion, se enterneció, y pensaría, naturalmente, que, invocando en adelante á su Jesús, obtendrían los afligidos consuelo y salvacion. Por último, aparecieron á su vista las islas de Delos y de Rodas; Delos, pátria de Apolo, y Rodas, pátria de Júpiter; ambas llenas de extravagantes ídolos, cuyo fin es-

(1) Orsini, *La Vergine*, tom. II.

taba cercano. Y despues de tanto navegar, tomaron tierra en Sidon, cuyas relaciones comerciales eran frecuentísimas con la Palestina, desde cuyo punto pasaron á Jerusalem; y aquí, la Virgen estableció su morada en el monte Sion, en la misma casa de Juan, donde con él y los demás Apóstoles había recibido el Espíritu Santo. Y Juan lo puso inmediatamente en conocimiento de Santiago, primer Obispo de aquella ciudad, y de todos los fieles que componían aquella Iglesia. ¡Oh María! ¡tambien Tú abandonarás este mundo miserable, Tú, el único consuelo de la naciente Iglesia de tu Hijo, que confió á tu amor? ¡Oh Madre dulcísima! ten piedad de tus hijos, que apénas te hayan perdido, quedarán privados de todo consuelo! Pero reflexionad, hermanos míos, que muriendo María no los abandonaba; ántes recibiendo el premio de sus excelsos méritos, empezaba á ser la poderosísima protectora del Cristianismo. No nos asustemos, pues, porque deje la tierra: la perdemos acá, para ganarla más poderosa en el Cielo.

Si ¡oh María, Madre magnánima y toda amor! Tú eres nuestra protectora y toda nuestra esperanza; y en esta tu sublime glorificacion consiste tu inmensa gloria, tan provechosa para nosotros, puesto que desde el trono en que estás sentada en el Cielo, Tú asistes amorosa á los enfermos, y mitigas sus dolores; penetras compasiva en las oscuras cárceles, y aligeras las pesadas cadenas de los encarcelados; acompañas á los navegantes, y los salvas de los naufragios; vigorizas el brazo de los guerreros en los campos de batalla, y les concedes la victoria; en los secretos hogares de las familias restableces la armonía entre los corazones desgarrados por la discordia; en una palabra, reinando bienaventurada en el Cielo, eres acá en la tierra la fortaleza, la esperanza y el consuelo de cuantos marchamos por el camino del dolor y de la penitencia. ¡Salve, oh María, oh gloriosa y piadosísima Madre nuestra! En Ti confiamos, y estamos ciertos que, guiados y protegidos por Ti, llegaremos con seguridad al puerto de la eterna salvacion. Así SEA.